

ENREDOS Y DESENREDOS DE ANGEL RAMA Y EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL

CLAUDIA GILMAN

Conicet

¿Acaso no son un signo, todos esos intelectuales,
venidos de todos los rincones del horizonte, reunidos por una idea?
Clémenceau

En el número 87 del jueves 13 de enero de 1898 el escritor Emilio Zola publicó, en primera plana del nuevo diario *L'Aurore littéraire*, artistique, sociale una “carta al SR. Félix Faure presidente de la República” a favor de Alfred Dreyfus, a la que el redactor-jefe del periódico, Georges Clémenceau, añadió el epígrafe provocador “¡Yo acuso!” A partir del día siguiente y durante unos veinte números, se publicaron en las columnas del diario dos cortas “protestas” en la misma dirección, a cuyo pie se reunían varios centenares de firmas que aprobaban sus términos.

Escribir en un medio de prensa una carta abierta al presidente de la república no era usual en esos tiempos, no sólo porque la prensa era un medio reciente, sino porque su auge no había abierto hasta ese momento un canal de interpelación política tan directo. De hecho, Jules Guesde calificó la carta abierta de Zola como “el acto revolucionario más grande del siglo”. Según Cristophe Charle la carta y las peticiones que le sucedieron constituyeron una ruptura respecto de las reglas del debate político, ya que era una protesta que, por primera vez en la historia, se fundaba en la conjunción de tres derechos: el derecho al escándalo, el derecho a la asociación y el derecho a reivindicar un poder simbólico a partir de los propios títulos, saberes y competencias.¹

Estos dos últimos derechos fueron rápidamente ejercidos por una comunidad de intelectuales que encontró en la asociación una forma efectiva de intervención que excedía el campo del arte y se insertaba en lo político social. De lo que no quedaron dudas a partir de este hecho es de la existencia de “una sociedad intelectual que elabora sus propias herramientas, sus propias redes...”,² que se expanden y se insertan en la cultura. Por eso, el caso Dreyfus no es nada más que un hito en la historia de los intelectuales, sino que se corresponde con la historia cultural en su conjunto, es decir, no sólo con la historia de las relaciones de los intelectuales con factores externos, como la coyuntura económica y política, sino

también en cuanto a su intervención en las relaciones entre las diferentes opciones políticas y el estado de los valores en ese momento: sensibilidades estéticas, tendencias intelectuales, ideológicas o políticas.

Los hombres con disposiciones intelectuales han existido, sin duda, en todas las sociedades. Paul Radin nos recuerda que hasta las culturas analfabetas, desde tiempos inmemoriales “contenían individuos que estaban forzados por sus temperamentos e intereses individuales a ocuparse de los problemas básicos de lo que nosotros acostumbramos llamar filosofía”.³ Sin embargo, sólo después de que se desplomó el rígido edificio de la sociedad medieval; después de que el nominalismo, la Reforma y el Renacimiento habían fragmentado el unificado panorama mundial de la Iglesia; después de que los grupos religiosos, los poderes seculares y los sistemas políticos comenzaron a competir por la lealtad de individuos que ya no estaban ligados a sus ataduras tradicionales; después de que las nuevas clases empezaron a hacer su entrada en un escenario social previamente dominado por los defensores de la tradición feudal, los hombres de ideas empezaron a encontrar condiciones favorables para el nacimiento de un estrato consciente de intelectuales con un ethos peculiar y un sentido de la vocación.⁴

Efectivamente, los grupos humanos sólo se desarrollan si encuentran escenarios institucionales favorables y una condición adicional para dar lugar a los intercambios eidéticos es la existencia de por lo menos un círculo de personas a las cuales estén dirigidos. Walter Ong señala la paradoja de la comunicación humana, que nunca es unilateral: “Siempre requerirá no sólo una reacción sino que se configurará y obtendrá su contenido por una respuesta previa. Es recíprocamente subjetiva”. Y enfatiza que el modelo de medios no lo es. Por eso, la aceptación de ese modelo de comunicación revela la condición caligráfica (tipográfica, etc.) de una cultura, la cual considera el habla más informativa que las culturas orales, que estaban orientadas hacia la ejecución.⁵

De modo que, como sostiene Lewis Coser, únicamente el mundo moderno (la cultura ya tipográfica) ha presentado las condiciones institucionales para que emergiera un grupo de intelectuales conscientes,⁶ capaz de contribuir a la formación de la opinión pública. Concretamente, hubo tres cambios sociales relacionados que explican el crecimiento de la importancia de los hombres de ideas en el siglo XVIII: el aumento en el número y el peso específico de la clase media, sus normas ascendentes en la educación y el cambio del papel social de la mujer en esa sociedad.^{7/8} La consolidación de los intelectuales y la consecuente conformación de la opinión pública van de la mano de la instauración en Occidente de la “cultura de masas” moderna,⁹ que se inscribe en el desarrollo de características democráticas instauradas en el debate libre, otro elemento importante para la emergencia de esa microsociedad, pero que además será una característica constitutiva e intrínseca a su funcionamiento como red.

La segunda condición para que la existencia de los hombres de ideas sea socialmente relevante es que requieren del contacto regular con sus congéneres, una evidencia que surge entonces, es que el intelectual, en singular, no existe. La

categoría, como arguye convincente Zygmunt Bauman¹⁰, se declina necesariamente en plural ya que supone, inescindiblemente del concepto que encarna, algún tipo de asociación, que por lo demás es deliberada. No hay intelectuales sin “toque de reunión” (o llamamiento) y no hay llamamiento sin respuesta en la historia de los intelectuales. Así, son muchos los escenarios institucionales que favorecieron la conformación de asociaciones y grupos: el salón, el café, la sociedad científica, pero también las revistas, el mercado literario y el mundo de la publicidad, el partido político y la bohemia.¹¹ En todos ellos se desarrolla la sociabilidad intelectual¹², en estrecha vinculación con la conformación de la opinión pública. El contacto directo no siempre era necesario, porque las páginas impresas permitían muy bien el intercambio, especialmente en una época en la cual el público de las producciones intelectuales serias se había vuelto demasiado extenso y con más de una pequeña fracción.

En definitiva, todos esos ámbitos de operación intelectual son, como propone Maurice Agulhon, un “campo intermedio” entre la familia y la comunidad de pertenencia cívica, un campo que varía según las épocas y los objetos estudiados pero que, para el medio intelectual, retomando las palabras de Jean-Paul Sartre, forma “un pequeño mundo estrecho”, donde se tejen lugares alrededor de determinadas estructuras de sociabilidad, que el lenguaje corriente ha confirmado con el nombre de “redes”. Y es ese carácter reticular el que hace que la historia de las ideas no sólo trabaje con un objeto, los intelectuales, de existencia rastreable en el curso de la historia de su propia conformación, sino que además se vincula con otros aspectos del análisis histórico: el lugar de los científicos y los creadores en las sociedades democráticas, el peso de las ideologías o de los sistemas de pensamiento construidos en la formulación o la expresión de los debates y, más ampliamente, el proceso de circulación de ideas en un grupo humano determinado.

Así, la historia de las ideas, que cuenta ya con un estrato letrado dedicado a las ciencias duras, al arte, a la escritura, es historia de las sociedades y también historia del conocimiento, de sus condiciones de posibilidad material, de su circulación, difusión e institucionalización. Así lo consideran Ory y Sirinelly¹³ y así también lo concibe Alvin Gouldner,¹⁴ cuando historiza el proceso por el cual la secularización de la sociedad da nacimiento al nuevo estrato socioprofesional de los hombres de ideas. Pero a diferencia de los anteriores, en lugar de colocar ese comienzo en una derivación del desarrollo de la prensa y un avatar como el caso Dreyfus, los sustenta a partir de la separación de las esferas de la vida social, que deja de admitir criterios de autoridad no basados en la racionalidad y hace suya la cultura del discurso crítico. Esta nueva cultura del discurso coloca a los intelectuales –para este análisis también– en una posición ligeramente separada respecto del resto de la sociedad, que le permite actuar según normas “propias” y supuestamente “rationales” de validez.

Semejante participación común en un tipo de cultura agrupa a los miembros que la comparten. Y esa cultura se desarrolla a través del debate y el intercambio. La naturaleza misma de este último hace necesaria la asociación que es un lugar de

convergencia, de apoyo mutuo y de extrapolación política. Crea estructuralmente entre mentes próximas vínculos nuevos y de diferente naturaleza que los de la solidaridad escolar o profesional. En este sentido, hay una doble reproducción de la sociabilidad de la red intelectual: hacia adentro, en cuanto a las relaciones entre pares, y hacia afuera, en cuanto a su intrusión en la cultura y la sociedad.

En los hechos, los intelectuales siempre se nuclean, inventan las redes y aprovechan las que existen, y crean también los ámbitos para su desarrollo, como un funcionamiento natural de su existencia. Carlos Fuentes se lleva en la mano un manuscrito de Donoso; Cortázar hace publicar *Los nuestros* de Luis Harss; este gestiona durante un tiempo la revista *Casa de las Américas*; Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal surgen del mismo calor del ala de Quijano. De hecho, las redes se basan ellas mismas en elementos difíciles de discernir. La simpatía y la amistad, por ejemplo y, al contrario, la rivalidad y la hostilidad, el rencor y la envidia, la ruptura y la desavenencia, desempeñan, como en toda microsociedad, un papel a veces decisivo. Esa sociabilidad puede entenderse de otro modo, porque las “redes” generan microclimas específicos y la palabra adquiere, desde esa perspectiva, un doble sentido de “redes” que estructuran y, a la vez, producen esos microclimas que caracteriza un determinado medio intelectual.

1

“No es improbable que en el paraíso, uno supiera que para la insondable divinidad, él y su enemigo (el ortodoxo y el hereje, el aborrecedor y el aborrecido, el acusador y la víctima), formaban una sola persona”.
Jorge Luis Borges, “Los teólogos”

Este trabajo se inscribe en el marco de preocupaciones harto diversas, heterogéneas y hasta contradictorias, tanto temáticas como metodológicas y teóricas. Por un lado, la preocupación por la condición de posibilidad de realizar una crítica cultural actual, verdadera y comprensible. Por otro, la preocupación por definir y entender los mecanismos de la acción (individual y colectiva), y el estatuto de la palabra (hablada/escrita y sus diferencias) como actos, sus consecuencias y canales, y el lugar que la voluntad debe ocupar en este marco. Preocupación de orden temático-historiográfica que apenas se suscitará aquí sobre eventuales características singulares del Uruguay capaces de explicar la centralidad de sus intelectuales en determinado período de la historia: la larga trayectoria de Carlos Quijano, por ejemplo, fundador y director del semanario *Marcha*, sólido defensor de un latinoamericanismo político y un antiimperialismo acérrimo y radical, reactivo contra toda alineación con una potencia capitalista o del socialismo ahora llamado real. En este último sentido, la hipótesis de que la invocación de José Martí como antecedente principal de la Revolución Cubana se funda en la vigencia del latinoamericanismo y antiimperialismo a los que Quijano asegura vigencia debe considerarse seriamente. Y por último, preocupación ya muy explorada pero no agotada sobre la sociabilidad intelectual y la creación de

circuitos y redes específicas.

En los años que van desde 1959 hasta 1971 tuvo lugar el establecimiento, la consolidación y la ruptura de las tramas de intensa sociabilidad letrada que definió una época en la historia político-literaria del continente latinoamericano¹⁵, período en el que la literatura de la región conoció un momento de auge mundial al que acompañó una intensa preocupación política y fervor revolucionarios. En trabajos previos exploré cómo se llegó a la conformación de una comunidad intelectual en América Latina que atravesó las fronteras de la nacionalidad y que encontró en la Revolución Cubana un horizonte de apertura y pertenencia.¹⁶

La confianza en una inminencia revolucionaria que siguiera los pasos de Cuba estuvo signada por la creación de una “agenda intelectual” que nucleó a los escritores latinoamericanos para concretar un ideal que buscó conjugar la eficacia de la acción política con la producción y difusión de una nueva literatura continental. Y si bien el caso Padilla primero y la finalización de las expectativas revolucionarias provocada por la cascada de golpes de estado en varios países de la región, son hitos indiscutibles del fin de la gran red de la época, las vinculaciones y las tensiones en su interior demuestran la complejidad del sistema reticular que forjó y consolidó el primer canon de literatura latinoamericana con alcance mundial.

El estudio de la dinámica que se estableció entre las revistas culturales latinoamericanas y los encuentros personales entre críticos y escritores que colaboraban en ellas reveló la existencia de una comunidad intelectual que operó sobre la base “de la imaginación”,¹⁷ pero también sobre la base de la sociabilidad dura y pura, que generó una comunidad más micro pero muy efectiva para producir discursos “legítimos”. Es cierto que también se habló de familia, amiguismo y mafia, en algunos casos, para criticar el poder de la red, en otros, para describir un tipo de funcionamiento que parentaliza la lógica de la afiliación. Así lo sugería el título “Otro pariente para la familia” que usó la revista *Primera Plana* para comentar la seguidilla de premios Seix Barral entregados a novelistas latinoamericanos, en este caso al venezolano González León. En su momento, Carlos Fuentes recordaba que “había ocurrido algo extraordinario en la vida de la literatura hispanoamericana: todas las personas prominentes del boom eran amigas entre sí”.¹⁸

Una de las principales actividades de la agenda letrada fue superar el desconocimiento recíproco entre los intelectuales latinoamericanos: en ese vacío que también obró como llamada, se creó, consolidó y fracturó esa red en la que Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal fueron protagonistas y antagonistas bastante excluyentes de ese lapso de la historia intelectual.

2

—Supongo que lo que nos separa es algo inconciliable como la famosa disputa sobre si es mejor el invierno que el verano. Hay quienes se enferman con el calor y quienes no soportan el frío. (Emir Rodríguez Monegal).

—No hay duda, Rodríguez Monegal, que nuestra discrepancia es inconciliable. (Ángel Rama).¹⁹

Por su enfrentamiento perpetuo y público, Guillermo Cabrera Infante llegó a decir que Rama y Monegal eran como Settembrini y Naptha “pero en español”.²⁰ Pero además, ese antagonismo era prácticamente un espectáculo. Vargas Llosa declaró que “todo organizador de simposios, mesas redondas, congresos, conferencias y conspiraciones literarias, de Río Grande a Magallanes, sabía que conseguir la asistencia de Ángel y de Emir era asegurar el éxito de una reunión”.²¹

Tratando de encontrar las “causas sociales” de la filosofía, Randall Collins (1989) argumenta que la existencia de diversas escuelas es esencialmente causada por la rivalidad entre los maestros. Sin radicalizar esa hipótesis y consciente de la complejidad de ciertos procesos, no deja de ser interesante tener en cuenta cómo las cosas humanas en general siempre están presentes en las construcciones de agrupamientos o redes colectivas. Uno de los casos ejemplares durante el período de elaboración de las redes latinoamericanistas de los años sesenta y setenta ha sido, sin duda, el de los dos críticos uruguayos, que en muchos ámbitos se opusieron y en otras tantas cuestiones se superpusieron, en su rol de intelectuales referentes de América Latina, durante un período fundamental del desarrollo de nuestras letras. Efectivamente, los inventores del canon de la nueva novela latinoamericana fueron capaces de crear desde el Uruguay redes letradas antagónicas, basadas en disputas ideológicas, claro está, pero cuyo origen se remonta también a sentimientos de mutuo desagrado o competencia por legitimar su propia posición y deslegitimar la del otro.

“Mi polémica con Ángel Rama no es tal, era una guerra a muerte por el poder y punto. Rama era una persona ambiciosa y yo también”,²² reconoce Rodríguez Monegal en una entrevista de 1985, cuando Rama ya no estaba para contradecirlo. Jorge Ruffinelli recuerda: “Nunca se sabrá si existían uno o cien motivos de diferencias. Creo que la cosa nace del protagonismo que cada uno quería tener en la cultura uruguaya”.²³ O latinoamericana. Porque ambos contribuyeron a la consagración de la literatura de la región e inventaron el canon de alcance mundial. Ambos estipularon que el programa de una nueva literatura, de ambición universalista, suponía necesariamente el cruce con otras literaturas.²⁴ Ambos contribuyeron a fortalecer la sociabilidad intelectual basada en el conocimiento recíproco, mediante la construcción de redes paralelas que tuvieron sus articulaciones. Ambos armaron y desarmaron alianzas y proyectos desde las revistas culturales en las que participaron de manera más o menos abierta, al tiempo que “hacían ser/llevaban al ser” esas revistas y otros objetos de discurso e intervención, como esas sociabilidades, consagraciones, programas, etc. Y no se limitaron a actuar desde revistas culturales ni desde Uruguay. Promovieron acciones ideológicamente divergentes en todos los niveles respecto de casi todos los sucesos impactantes de la cultura de América Latina de esos años, desde el exilio en distintos países de la región, desde las universidades, desde libros, publicaciones y discusiones.

Un capítulo muy inicial que ya da cuenta de la rivalidad entre los dos críticos sucede muy tempranamente en un debate sobre los concursos literarios nacionales

durante el período en que Monegal estaba a cargo de la dirección de las páginas literarias de *Marcha*. Monegal ya había perdido la ocasión de ser particularmente amable con el historiador Carlos Rama, hermano de Ángel (“disciplinado pero no muy brillante”, lo describió) en ocasión de reseñar un artículo de su autoría incluido en el libro *Problemas de la juventud uruguaya*, un volumen de ensayos premiado por la Asociación Cristiana de Jóvenes y el semanario *Marcha*.²⁵

En cuanto al tema de los concursos oficiales de literatura, un amplio grupo de notables y el grueso del equipo de *Marcha*, con Monegal incluido, había publicado en el semanario un manifiesto pronunciándose contra la falta de legitimidad de los jurados para representar a los escritores en competencia, dado que en el concurso nacional no estaban plenamente representadas las asociaciones de escritores. La que sí estaba era la AUDE, de la que Carlos Rama había sido elegido vocal. Según declaraban los peticionantes en *Marcha*, la irregularidad en el concurso municipal era aun mayor ya que dos sobre tres jurados representantes de escritores procedían de esa entidad, sin que se aclarara por qué había sido favorecida en particular.²⁶

Carlos Rama envió una carta al semanario para aclarar su situación personal y calificó al manifiesto de impreciso e inoportuno.²⁷ Ángel, por su parte, también cuestionó el manifiesto, en este caso por su “timidez”, y declaró que más que jurados especializados se precisaban inteligentes y honestos.²⁸ Posteriormente, Monegal volvió a cuestionar la composición del jurado, la transparencia de su actuación y la supuesta independencia respecto de la AUDE alegada por Carlos Rama: “En definitiva, el jurado quedó integrado por tres personas que, en un momento u otro, habían sido designadas por la AUDE y demostraban ser depositarias de su confianza”.²⁹

Pero pronto las cartas se darían vuelta y el acusador se convertiría en acusado. En una revisión de los premios otorgados en 1960 por el Ministerio de Instrucción pública, los “críticos de *Marcha*” coincidieron con los de poesía, novela y cuento, y discreparon con los tres restantes (ensayo, teatro, prosa de imaginación). Según Rama, el problema principal se generó por haberse declarado desierto el rubro prosa de imaginación, en el que debió ser premiado José Pedro Díaz con su obra *Ejercicios antropológicos*, equivocadamente laureada en el rubro ensayo (el cual debió adjudicarse a Mauricio Maidanik). Uno de los jurados por representación del Poder Ejecutivo era Emir Rodríguez Monegal, contra quien se dirigieron los ataques más virulentos:

“El crítico Emir Rodríguez Monegal inició una costumbre que ya traerá cola, reuniendo tres personas en un solo ERM verdadero: su calidad de crítico practicante, su calidad de jurado delegado del Poder Ejecutivo y su calidad de concursante (...) Aunque tuvo la suprema elegancia de no votarse a sí mismo”.³⁰

Lo de las “tres personas en una” no era sólo exagerado –no puede identificarse ningún conflicto de intereses por ser crítico literario y jurado en un concurso–, sino también críptico si se desconoce la información que Rama

retaceaba. En cuanto a lo de concursante como coautor de *Evasión y arraigo de Borges y Neruda*, un diálogo entre Rama, Carlos Real de Azúa y Monegal, que se emitió por la radio y posteriormente fue publicado, no puede tomarse muy en serio. Sin embargo, Rama lo criticó por los supuestos daños que provocó en los otros coautores la decisión unilateral de Monegal de descartar la publicación (sin aclarar que se trataba de él mismo):

“...mientras no hubiera constancia en actas o declaración pública de su parte, ERM aparecía como jurado y concursante. Cuando escribí que había hecho descartar el libro implicado –dando por lo tanto constancia pública– reconocimos que no había implicancia sino arbitrariedad porque no habían sido consultados los dos coautores. ERM les concede ahora derecho a reclamar reparación, pero sólo ante él y privadamente. ¿Será Dios? Lo que piensan hacer los coautores o ‘damnificados’ como ERM prefiere llamarlos, es cosa privada hasta que no se manifieste. Lo que importa, públicamente, es la conclusión: ser delegado del Poder Ejecutivo, aun del que padecemos, merecería otro rigor. Proponemos al lector no volver sobre el asunto”.³¹

El debate en cuestión se centraba en un aspecto en el que tampoco les resultaba posible conciliar opiniones: la apreciación de Borges y su obra. Mientras que para uno el argentino era sinónimo de desarraigo, juego superficial, frigididad creadora, para el otro era la cumbre de la literatura. Según Rama, “Hay en Borges una natural incapacidad para aprehender y consustanciar consigo la realidad, esa que es nuestro común hábitat. (...) Borges permanece en la zona de la mera contemplación y el mundo se le presenta como una perspectiva de infinitos caminos posibles...”, multiplicidad de posibilidades en las que se pierde y no puede dar cuenta de lo telúrico, lo que para Rama es una falta de compromiso y aprehensión de su origen americano. Para Monegal, en cambio, “esta forma de arraigo en Borges es histórica y no telúrica, y por eso se presta a incomprensiones. Telúricamente tal vez sea Borges un desarraigado. Pero el hombre no está hecho sólo de espacio”. Así, su literatura refleja, “un mundo absolutamente personal y vivo que no depende sino de él mismo, de su fuerza de expresión, de sus intuiciones, de sus padecimientos...”³²

Tal vez el fondo de la discrepancia tenía que ver con los diferentes imperativos éticos de los que cada crítico hacía su bandera, como procura sintetizar y conciliar sin éxito Real de Azúa en la misma conversación: “Este par de palabras tan usado –evasión, arraigo– oculta mucho más un conflicto ético y vital, de conducta, que una dualidad literaria. Quiero decir: por su naturaleza tan evidente de norma, o de infracción a ella, están mostrándose como lo que son: como un imperativo ético. Significan que el autor debe asumir el mundo que lo rodea, en el doble sentido de incorporarlo a su obra (y aún en el sentido existencial de incorporarlo cambiándolo) y también en el otro. En el otro de acompañar su labor con su conducta de hombre y de ciudadano, que lo comprometa, que lo embarque en el destino de la colectividad que integra”.

Antes que nada, antes de hacer públicas sus opciones políticas y definir con claridad la proyección continental que tendrían o intentarían tener más adelante, antes de que fuera evidente (tal vez hasta para ellos mismos) que la distancia en la valoración de los acontecimientos caribeños los enfrentaría tan abiertamente, Rama y Monegal apostaron lo que parecía ser un único lugar posible en *Marcha*. La coincidencia de sus inicios en el semanario marcan el comienzo de la rivalidad, no sólo por la disputa de la página cultural de la publicación y sus encontronazos personales e ideológicos, sino también por algo tan básico como el reconocimiento de un mismo mentor. Jorge Ruffinelli recuerda:

“Nunca se sabrá si existían uno o cien motivos de diferencias. Creo que la cosa nace del protagonismo que cada uno quería tener. Emir precedió a Ángel en la Página Literaria de *Marcha*, pero Quijano estaba cada vez más insatisfecho con el ‘britanismo’ de Emir y, aunque en esos tiempos Ángel, podría decirse, era un francófilo, apenas agarró la página literaria, evolucionó hacia los dos elementos que Quijano estimaba fundamentales sine qua non: antiimperialismo y anticapitalismo”.³³

Rama fue, para usar la feliz expresión de Pablo Rocca, “el mejor hermeneuta de la hora”³⁴, o quien mejor interpretó la nueva coyuntura o quien captó mejor las preferencias de Quijano. Más allá de la coincidencia ideológica con el precursor que compartían,³⁵ el protagonismo de los dos críticos en los años sesenta tal vez se explique por la vocación de influir sobre su mundo, un legado que habían heredado de Carlos Quijano. Parte de la legitimidad inicial para crear redes intelectuales derivó de la legitimidad que cada uno había adquirido en la revista y del prestigio de su director.³⁶

Las revistas subrayaron circuitos que estaban ya presentes en los libros y arraigados en el conocimiento personal, a la vez que se constituyeron en un ámbito de operación intelectual, donde se consolidaba la red y se conformaba la opinión pública. Porque era allí donde se promocionaban las novelas y se convencía al público lector de la supremacía de un escritor. También allí adquirieron los elementos con los cuales ejercer esa influencia: “Hacia mediados de la década del cuarenta, el común ejercicio del periodismo en las revistas culturales y en un espacio de referencia de privilegio, el semanario montevideano *Marcha* (...), les permitió a Rama y Rodríguez Monegal entrar en contacto con múltiples problemas, debates y, sobre todo, textos diversos”. Más aún, también demuestra que “la configuración básica de sus visiones y los modelos de los dos críticos se crearon en su etapa uruguaya que, casi simultáneamente, clausuran alrededor de 1970, a mediados de los sesenta, progresivamente, los dos se suman a proyectos de mayor alcance fuera de las fronteras nacionales en un período”.³⁷

En rigor, Monegal y Rama convivieron un breve período en las páginas de *Marcha*. Y de antemano, la idea de una coexistencia amigable no parece verosímil. Mucho menos si estaba en juego el poder para definir roles en la red letrada. Rama

colaboró varias veces en *Marcha* hasta que se le encomendó la sección literaria, en marzo de 1959. Apenas antes de quedar a cargo de las páginas literarias irrumpió aguerridamente pidiendo derecho a réplica a un artículo de Carlos Martínez Moreno en el que transcribía un fragmento de su nota publicada en la *Revista de la Comisión Municipal de Teatros* bajo el título “Situación 1958 del autor teatral”. El semanario le otorgó, generosamente, toda una página para aclarar su posición sobre el uso de temas griegos en los escenarios uruguayos, la definición de la tipicidad del teatro y otras cuestiones vinculadas con el género.³⁸ Como sea que fuera, el acceso de Rama a la primera posición en *Marcha* se llevó a cabo a partir de la polémica.

Luego, antes de iniciar su gira latinoamericana con primera escala en Cuba, Rama fue saldando cuentas pendientes con Monegal (que por entonces enviaba con bastante regularidad sus colaboraciones desde Londres) hasta que sus públicas discrepancias tornaron absurda la coexistencia de ambos críticos en *Marcha*. Así, Rodríguez Monegal dejó de publicar sus colaboraciones a partir de enero de 1960. Pero todavía en julio de 1959 gozaba de autoridad en el semanario a tal punto que, junto con Rama, tuvo la responsabilidad de revisar, para el número aniversario, los últimos veinte años de la literatura y la crítica uruguayas.³⁹

El pie de autor que presentaba a Rama en esa ocasión decía: “Participó en revistas y editoriales, publicó cuentos y una novela, ensayos de literatura y plástica, crítico teatral y dramaturgo. Profesor de literatura, conferencista y conocedor del continente”. A Monegal se lo describió como “por excelencia, el crítico literario que ha producido la generación surgida en 1945” y que “ha renovado, con Real de Azúa y Benedetti el estilo de la crítica de letras que se hacía en el país”. Por su parte, en la sección de su trabajo dedicada a la crítica, Rama hizo referencia a Monegal, citando a Carlos Real de Azúa, como alguien “entre cuyos defectos estaba no ser un teórico de la crítica ni un especialista ni un hombre cuya cultura filosófica, lingüística o filológica fuera excepcional”. Sin embargo, en esa misma nota, afirmaba que “la única respiración para un sector de los escritores nuevos” a lo largo de los años transcurridos desde la aparición del semanario, había sido “la sección literaria de *Marcha*”.

Poco antes del aniversario e inmediatamente después de ser reemplazado por Rama, Monegal envió desde Londres una suerte de declaración de guerra ideológica relativamente camuflada, que no tuvo respuesta. En su artículo “Ellos y nosotros”,⁴⁰ donde comentaba *South America*, de George Pendle, se refirió muy ampliamente al desconocimiento europeo de la realidad americana y aventuraba, respecto de las causas:

“Sería muy fácil echar la culpa de esa ignorancia a la estolidez europea, a su indiferencia para todo lo que no tenga el sello nacional. También sería muy fácil alegar (como hizo Papini en un artículo que todavía hiere nuestra piel) que América no ha producido nada digno de ser tenido en cuenta y que por lo tanto no merece la atención europea. La verdad es otra: Europa fue, hasta este siglo, autosuficiente del punto de vista cultural, América hoy es los Estados Unidos. Los latinoamericanos no contamos o sólo contamos como un pueblo maravilloso que cada tanto irrumpe en Europa con todo el fuego de sus bailes (el tango de

1920, el cha-cha-cha de 1959) o con las noticia de sus descabelladas revoluciones.” (p. 9 subrayado nuestro).

El comentario es, cuanto menos, provocador. Pero expone, en una síntesis de punta afilada, la posición declarada de Emir Rodríguez Monegal, opuesta claro está a la de Rama, pero que también lo sitúa por fuera de la red hegemónica del momento. Porque aunque definitivamente no estaba dispuesto a adherir al entusiasmo por los nuevos tiempos que auguraban las revoluciones que vendrían y que se frustraron antes de iniciarse, no quedó del lado enemigo de forma pasiva. Esa ubicación por fuera de la red no fue contemplativa, sino que eligió el camino de la acción para lo cual también procuró tejer su propio sistema.

Sea como sea, Rama y Monegal fueron marcados por *Marcha* y dejaron allí sus marcas. En ambos puede leerse el rechazo del nacionalismo “provinciano”, la aspiración latinoamericanista (más aún, el universalismo), la defensa de la autonomía y la libertad creadoras que definieron al semanario. En los dos la función intelectual adquiere un carácter eminentemente práctico y serán protagonistas de las grandes definiciones que tuvieron como eje a La Habana, vía Londres, París, Montevideo o Génova.

4

La arena pública donde pudo dirimirse la contienda ideológica y donde quedaron claras las perspectivas, pero que también definió posiciones en *Marcha*, fue sin duda la Revolución Cubana. Hay que decir, no obstante, que el hecho tardó casi dos años en desplazarse de la sección política a las páginas literarias, el mismo tiempo que se tomó Quijano para fijar su opinión, de apoyo crítico, que le valió bastantes reproches de tibieza por parte de muchos lectores que enviaban sus cartas al semanario. El tema era ampliamente cubierto cada semana aunque, especialmente en los comienzos, no todos los colaboradores contagiaban el mismo entusiasmo.⁴¹

Como Quijano, Rama apoyó de manera crítica la Revolución. Más aún, fue uno de los grandes artífices de su programa y uno de los que trabajó más disciplinadamente por la autonomía de los artistas respecto de las urgencias del poder político creada, según él mismo, por las “Palabras a los intelectuales” pronunciadas en 1961 por Fidel Castro como colofón de un conflicto institucional, estético, ideológico y político entre los artistas (y sus agrupaciones de pertenencia) en el que debió intervenir la dirigencia política. La participación de Rama no fue sólo discursiva. Lejos de eso, cumplió un papel preponderante en el establecimiento de un ideal de autonomía artística respecto de cualquier exigencia política. A quienes le preguntaban cómo “ser” revolucionarios, Sartre les recomendaba “hacerse” cubanos. Se diría que la indicación que se prescribió Rama fue hacerse cubano sin dejar de ser uruguayo. En lugar de ser cubano como las palmas decidió ser cubano como la yerba mate. En la práctica, esto significaba ser fiel al ideal profundamente democrático que animaba a Quijano.

Según Pablo Rocca, la afirmación, por parte de Rama, de que el acontecimiento principal del año 1960 para Uruguay y toda América Latina fue la Revolución Cubana determinó que el crítico dejara atrás al escritor de ficciones y al del paladar hispánico y francés. Hay que subrayar que la certeza de la importancia y el esfuerzo que merecía el socialismo instaurado en Cuba tuvo en Rama (igual que en Quijano) un tipo de defensa que no dejó en ningún momento de conservar una distancia. En esa distancia, exploró una gran variedad de prácticas, pronunciamientos, escritos difundidos entre un público amplio de lectores y también algunos cabileos.

La cercanía de Rama con las posiciones de Quijano (especialmente urgentes luego de que Castro declarara que su gobierno sería marxista leninista)⁴², más que una estrategia individual, era una tácita o deliberada intervención conjunta. El latinoamericanismo y el antiimperialismo del director de la revista, dos pilares inamovibles de su insistente mensaje, sostuvieron como una caríátide que atraviesa indemne una enorme porción del siglo XX la posibilidad de retornar a Martí para explicar el linaje del ideario de Fidel Castro. La atenta prevención de Quijano contra los gobiernos comunistas (para él y tantos más, el otro imperialismo) albergaba, a su vez, las condiciones para un apoyo crítico o, como en el caso de Rama, mucho más que eso: la invención de una parte sustancial de “los sesenta”.

Ambos hombres, Quijano y Rama, cuidaron por entonces el curso de *Marcha*. Fueron motores poderosos a los que les tocó funcionar en velocidades diametralmente opuestas. El director, como la gota que horada la piedra, era lento. Debería esperar dos décadas para mover su discurso de la periferia al centro. El encargado de la sección literaria, como si supiera que el tiempo sería escaso, fue tan intenso como veloz. En todo momento, aunque no de manera “jactanciosa”, se mostraron temerosos ante cualquier demanda que pusiera en riesgo la libertad de expresión. Y el crítico no abandonó la costumbre de *Marcha* al denunciar el destrato contra los artistas de detrás de la llamada “Cortina de hierro”.

Igualmente, Rama participó como pocos en el establecimiento y la defensa de un ideal del arte en la revolución (en este caso, cubana que en ese momento parecía preceder en relativamente poco tiempo a la revolución latinoamericana inminente). Entre fines de 1960 y 1962 se propagó y multiplicó para tender los más importantes puentes entre Cuba y América Latina de los que se tengan noticia. A partir de esos años (y hasta 1971), sería el gran tejedor de la red latinoamericana de intelectuales que constituye uno de los datos más impactantes del periodo. De hecho, la apelación al despertar latinoamericano que sería erróneamente percibida como una producción emblemática de Cuba y su revolución, se gestaría primero que en ninguna otra publicación en la *Marcha* de Rama.

Sin embargo, sus intervenciones en la elaboración del discurso cultural “procedente” de Cuba han sido, hasta ahora, muy minimizadas. También lo han sido las enérgicas intervenciones para que ese discurso cultural perdurara y no le fuera arrebatado a la red latinoamericana por ningún otro poder mundano. Es impresionante que Rama llegara a pensar en la posibilidad de un hombre nuevo en

1959 (teorizado explícitamente por Ernesto Guevara en 1965).⁴³ No se ha subrayado suficientemente cuán cerca está, incluso, del ademán de Fidel Castro la evocación martiana tanto en la gran imagen del Apóstol que ilustra el semanario como en el título del artículo consagrado a la nueva cultura en proceso de consolidación:

“La siesta subtropical parece haber terminado. Nuevas fuerzas la están agitando. Latinoamérica entra en escena. Las transformaciones sociales, políticas o económicas que acechan, inminentes a Nuestra América son simultáneas con las que corresponden al orden de la cultura”.⁴⁴

Tanto el tema como la entonación revelan hasta qué punto la influencia de Rama caló en la influyente *Casa de las Américas*, una de las más notorias revistas culturales de la época, con base en Cuba, cuyo perfil definitivo creó a partir de 1964 y que desde 1965 fue dirigida por Roberto Fernández Retamar, otro miembro clave de la red letrada, que reconoció la impronta del uruguayo en la revista cubana.⁴⁵ Por otra parte, a partir de 1961, Rama (y también *Marcha*) se ocuparon de informar sobre los acontecimientos y debates artísticos cubanos, señalando explícitamente lo que consideraba avances y retrocesos, peligros y aciertos de la vida cultural en la revolución. Recién se podrá ponderar enteramente la centralidad de Rama y su función de tejedor principal de la red cultural de la época cuando se conozca su profusa correspondencia con Haydée Santamaría, directora de la institución Casa de las Américas, y otros escritores y artistas cubanos.

Justamente por colocarse en un sitio donde circulaban los sujetos y las ideas de toda la región, pudo descubrir por ese año a los nuevos escritores que marcarían los nuevos rumbos de las letras latinoamericanas, como Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, etc.⁴⁶ Más aún, él fue quien primero instituyó un canon de la nueva novela latinoamericana y más bien ayudó a persuadir a los lectores de que esos autores escribían bien antes que seguir una corriente que ya estaba instaurada y ser meramente un divulgador de lo existente. Y para esto, ya estaba en estrecha relación con un grupo de escritores que, como él, también habían abrazado la causa cubana.

Una toma de partido tan definida separó definitivamente las aguas de *Marcha*. Aunque el detonante fueron cuestiones personales, como las desavenencias en la participación de concursos, a partir de 1960 Emir Rodríguez Monegal no volvió a publicar en el semanario y su nombre fue eliminado de las páginas, donde aparecería únicamente de forma esporádica y solamente con sus iniciales. Cuando volvió a aparecer fue irrevocablemente en el campo enemigo. Menos dispuesto a adherir al fervor épico de los nuevos tiempos inaugurados por la estela de las revoluciones entonces por venir que abortaron antes de iniciarse, quedó de la vereda de enfrente no sin dar batalla. ERM también eligió el camino de la acción antes que el de la contemplación. Su apuesta no midió bien los ideales hegemónicos en la sociedad latinoamericana (y mundial, digámoslo) de la época en la que decidió intervenir con *Mundo Nuevo*.

Su desavenencia más importante, la que dejó una huella perdurable y tuvo grandes consecuencias para la comunidad letrada tuvo lugar entre 1964 y 1966, con el proyecto y la posterior publicación de la revista *Mundo Nuevo*, que Monegal dirigiría en París entre 1966 y 1968. El claro vencedor de esta contienda fue Rama, en ese entonces casi dueño o principal tejedor de la red intelectual conformada por los más notables creadores y críticos de América Latina que eran, además, promotores entusiastas de la causa de la Revolución Cubana. En ese contexto, era bastante absurdo imponer a la consideración intelectual un producto baldado desde el origen por su sospechoso financiamiento. Finalmente, no importa tanto si los fondos eran o no de la CIA: basta con saber que los promotores de la nueva revista deseaban competir con las simpatías que despertaba entre la mayoría de los intelectuales la perspectiva revolucionaria en América Latina.

Cuando Rama y Monegal se trenzaron en una nueva polémica a propósito de la interpretación de *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier, Rama ya había establecido algunos nombres y problemas para el fenómeno de la “nueva novela latinoamericana” en una entrega de Casa de las Américas en la que participó activamente y que tendría su sello.⁴⁷ Desde esa nueva geografía en la que insertó su propia legitimidad como crítico, Rama tramitó sin disimulo los aspectos ideológicos de la disputa en torno a Carpentier, tratando de “gusano” a un Monegal que el elocuente título del artículo ya señalaba como un “agente” de los intereses estratégicos de Estados Unidos.⁴⁸ El detonante que despertó la sospecha y las posteriores acusaciones, según Ruffinelli, tenía también que ver con el hecho de que Monegal “había llegado a Yale sin que hubiera un solo concurso académico para su plaza, ni siquiera una plaza vacante, lo que alentó la idea (¿difamatoria?) de que había sido impuesto directamente por la CIA o por gente tan importante y poco literaria como la CIA”.

Pero igual de claro, aunque menos enfático, subsistía en Rama la vocación de conservar para sí (en todo caso, nunca para Monegal y sus colaboradores) el delicado gobierno de la crítica a Cuba, como demuestra el artículo que consagró a Guillermo Cabrera Infante, en el que elogiaba el suplemento *Lunes de Revolución*, cuestionado y cerrado en 1961, y advertía, simultáneamente, contra el Congreso por la Libertad de la Cultura al que acusaba de escamotear la verdad creativa de Cuba con la mentira, la insidia y el ninguneo.⁴⁹ En rigor, los miembros congreso procuraban que “los hombres libres del mundo” y especialmente los intelectuales tuvieran actitudes críticas serias y objetivas del hecho cubano, al cual en ningún momento llamaban “revolución”. La política pro-norteamericana y promotora de lo que entonces se llamó diálogo o coexistencia pacífica no era del agrado de la mayoría de los miembros de la nueva familia intelectual latinoamericana, y esto se confirmó por el hecho de que *Cuadernos*, la predecesora de *Mundo Nuevo*, feneciera en junio de 1965 sin penas ni glorias.

Para los cubanos y sus aliados, el propósito de tales empresas era trabajar

por la “neutralidad” de la cultura y estimular una gradual despolitización de los intelectuales latinoamericanos, adormecerlos y/o dividirlos. Con el propósito de estar a tono con la época, Mundo Nuevo formulaba sus objetivos, según Fornet, en un lenguaje “izquierdizante”. También como tributo de época, Fornet atribuye a *Mundo Nuevo* el deseo de parecer pagada por el oro de Moscú, para ocultar su dudoso financiamiento por parte de fundaciones norteamericanas vinculadas a la CIA.⁵⁰ Pero los planes norteamericanos incluían entre otras cosas el Camelot, el financiamiento de investigaciones sociológicas en el continente, la contratación de estudios académicos a través de universidades y fundaciones, la adquisición de editoriales y revistas, y el Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (Ileri).⁵¹

Se comprende así la urgencia y fiereza de la campaña que emprendió Rama contra lo que denominó “fachadas culturales” y que tuvo como principal enemigo a Rodríguez Monegal y su revista *Mundo Nuevo*, desde los planes iniciales para hacerla hasta su ejecución. Sin duda, le pareció tan necesaria que no le importó convertir las páginas literarias de *Marcha* en una tribuna casi enteramente consagrada a la denuncia. Monegal era un adversario mucho más serio si ese proyecto prosperaba. Amenazaba con aniquilar la capacidad de Rama para definir y difundir un programa cultural garantizado por su situación preponderante al mismo tiempo en *Marcha* y en *Casa de las Américas*.

Con su propuesta de unir en una publicación “consagrados” y, además, cubanos, la revista parisina no se enfrentaba solamente a la Revolución Cubana sino que competía directamente con el proyecto de una cultura revolucionaria, moderna y latinoamericana que interesaba a Rama y a Quijano. Al advertir a Retamar del peligro mundonovista, Rama no estaba defendiendo un territorio querido pero ajeno, ni lo defendía solamente de su único peligro. ¿Lo sabrían en el Congreso por la Libertad de la Cultura y los seguidores de la política del “diálogo”? No es completamente improbable. Para ellos, Rama era un oponente mucho más ecuánime, tan o más galvanizador de voluntades que los otros y, peligrosamente, más libre.

El episodio *Mundo Nuevo* no fue sin consecuencias. La red letrada sufrió reveses en su integridad, dejó algunas heridas y, sobre todo, las sospechas de que los intelectuales eran frágiles ante las tentaciones enemigas que parecían ofrecer comodidades y prestigios que, como se vería más tarde, no eran necesariamente garantizados por el dinero de la CIA. Pero el episodio también generó reordenamientos y la red mostró todo su poder de relaciones personales y profesionales para alcanzar el consenso. Entre 1966 y 1968, Ángel Rama logró desacreditar a *Mundo Nuevo* y a Monegal. Aunque no todas sus acciones posteriores, que fueron muchas y de parecida importancia, se revelarían tan exitosas.

6

“Un obrero, solo en un inmenso taller donde zumban las máquinas tejedoras bajo una luz tenue que filtran unas altísimas claraboyas junto a las cuales de vuelta el polvillo del algodón, y corro y me desespero para atenderlas todas, para impedir que se detengan para

hacerlas producir convenientemente, para vigilar la calidad de su producción. ¿Por qué, para quién? Y ahora que estoy tan notoriamente envejecido, sin ser dueño de un solo bello corte de tela, ahora que sigo corriendo de un telar a otro, asegurando malamente sus respectivos funcionamientos, qué ganas de descansar, no del trabajo, no, sino de los ‘¿por quién, para quién?’” Ángel Rama, *Diario*.

Resumida brutalmente, la hipótesis principal de *La ciudad letrada*, el libro inconcluso de Ángel Rama, sugiere que, en América Latina, la posesión de las artes y/o oficios de la palabra escrita implica también la posesión de un poder, obtenido en desmedro de unas mayorías no letradas pero, de cierto modo, falso. Del otro lado de la letra palpita lo real. Este esquema de ecos lacanianos traza un mapa donde los territorios de lo oral coinciden con lo real pero, a la manera del nóumeno kantiano, son incognoscibles o peor, un obstáculo generado por la existencia misma del conocimiento letrado, producción continua de diferencia que en el razonamiento de Rama termina por separar a los letrados de la vida contante y sonante.

Seguramente el autor no querría ver reducido su argumento a esta síntesis de trazo grueso que me resulta conveniente para explicar hasta qué punto la lectura de *La ciudad letrada* carga las tintas sobre el presunto poder que ostentan los letrados. De haber logrado terminar su libro, Rama habría matizado probablemente sus asertos, habría explicado comparativamente la singularidad de América Latina para el período moderno, una vez que las modalidades de la ciudad colonial hubieran perdido su influjo sobre el statu quo del orden social y habría analizado las causas por las cuales desde las filas letradas surge el cuestionamiento radical del poder de la letra, es decir, el proceso por el cual los letrados consideran nula o casi nula la eficacia social de un instrumento capaz de ser investido tan diversamente.

En todo caso, sus asertos parecen tocar en algunos puntos la postura de Karl Mannheim, según la cual sólo el intelectual está posicionado por encima de los intereses concretos, por ser miembro de una categoría excluida del ámbito de las clases económico-sociales. Situado entre las clases, no forma ninguna; tampoco queda suspendido en el vacío: “absorbe en sí mismo todos los intereses de los que está penetrada la vida social”.⁵² Este borde ambiguo entre lo interior y lo exterior, esta “resistencia” a ser introducido en categorías sociológicas en las que sí puede taxonomizarse al resto de los individuos, define la misión científica del intelectual. Se entiende por ello una relación privilegiada con la verdad y consecuentemente, con la ética y la moral. Por otra parte, esa situación privilegiada de “objetividad” supone que los intelectuales acceden, más fácilmente que cualquier otro grupo, a percibir la inadecuación entre “valores universales” y “relaciones desiguales de dominación”.

El *Diario* de Ángel Rama, publicado póstumamente, inconcluso por naturaleza del género, concluido por el real bruto de la muerte y hecho público por razones inciertas (en todo caso no por voluntad del autor), fue escrito para conjurar la propia impotencia. ¿Impotencia de la voz, de la letra, de la desunión entre ambas y la brusca lejanía (temporal, física, literal) de quien dice yo respecto de su propio territorio, su propio pasado y su propia agenda? Rama emprendió la

escritura de su diario en el exilio venezolano y una y otra vez registró, *in statu nascendi*, la agonía de la red que contribuyó a forjar. El fin de esa red marca un hito: una época termina y otra acaba de comenzar. El diario de Rama revela como ningún otro documento tanto el fenómeno de la disolución de esa sociabilidad como lo que ella implicaba.

Pero la relación no es sólo de ida. Se trata de mucho más que de cosas que sucedieron. El objeto, no hay dudas, se aparta del sujeto pero ese sujeto había comenzado ya su retirada, forzado por un conjunto de fenómenos tan heterogéneo como irreductible y que es difícil evocar de manera sintética.⁵³ De manera algo arbitraria y con palabras del propio autor, ese final de época está sobredeterminado por el abandono de la creencia en la inevitabilidad de la revolución. Las dictaduras en el continente, la apenas previa y desafortunada política cultural de la Revolución Cubana y la pérdida de su capacidad para definir las redes de la interlocución intelectual están a la cabeza de las razones por las que se alimenta la

“convicción de que ya hay esperanzas frustradas, con la necesaria aceptación de las realidades y de las inminencias del fin. Tener que decirte: lo que debes hacer es lo que ya hiciste, está en el pasado, no en el futuro y por lo tanto debes medirlo objetivamente en sus reales límites. La en apariencia inagotable fuente de la posibilidad, está cerrada”.⁵⁴

El diario de Ángel Rama es un sismógrafo increíblemente certero de los diversos estados de descomposición de la red intelectual de la época. Ausentes las arañas y sobre todo su voluntad de tejer, la tela comienza a perder su fuerza por falta de trabajo sobre ella. Vendavales la carcomen, expuesta como está a la discordia, a la fatalidad y al proceso de individualización que los otrora tejedores emprenden en un mundo en el que los ideales del pasado inmediato se han vuelto imposibles de mantener.

Ese pasado inmediato y revocado se contrapone a un presente caracterizado, de manera sucinta, por la incertidumbre personal creada por el exilio y la situación de deterioro de la civilidad, la pérdida de audiencia e interlocución y la impotencia para crearlas o restaurarlas, la precarización de la existencia, la desazón por el presente cubano, el envejecimiento personal, la revisión crítica de creencias e ideales previos, la convicción de un empobrecimiento creativo de la literatura de los principales narradores, la entropía generalizada de la sociabilidad y las expectativas.

El lamento permanente que atraviesa el texto es por la banalización de la vida intelectual y esa falta de tenor crítico viene de la mano de la escisión de los intelectuales respecto de la sociedad, lo que les hace perder esa posición privilegiada de poder. Como consecuencia, la apreciación de sus últimos años presenta a los hombres de letras reducidos en ghettos donde se refugian una vez que se desmoronó la ciudad letrada: el ghetto de la izquierda,⁵⁵ el ghetto universitario, etc. Manifiesta a lo largo de todo el texto su resistencia a recurrir a este último refugio, por el que finalmente se deja tentar frente a las inclemencias de la red devastada:

“Dos profesores norteamericanos me traen una propuesta de Carlos [Blanco] Aguinaga para ocupar un cargo de profesor en la Universidad de California (La Jolla) para el año próximo (set/78). El lugar es muy bello y el ambiente académico de los estudios hispánicos es de muy buen nivel (...) y sin duda la tentación mayor son las bibliotecas. Pero qué sensación de salirse del mundo que produce la perspectiva: el apacible ghetto universitario donde la acción intelectual se especializa, consagrándose a la formación de equipos nuevos y a desarrollar el área de conocimientos. Es la sociedad, la de la cual los intelectuales latinoamericanos nos sentimos comprometidamente responsables, la que queda fuera, más allá de los límites del campus.”⁵⁶

Pero el mismo *Diario* revela que ese “nosotros” ya no es tal, que “No hay vida intelectual. Chismografía, pequeños intereses, exhibicionismos pueblerinos. Pero nada de auténtica pasión por la tarea intelectual, ni diálogo sobre sus proposiciones. Uslar Pietro contesta (mal) un artículo de Paz, y ninguna reacción a ese intento de diálogo. Comidos por la vida trivial y la pueblerina imitación de lo que creen las maneras de los escritores. Repiten gestos a falta de poder asumir los significados intelectuales que rigen esos gestos”.⁵⁷

Vinculado a la guarida académica se refiere por última vez a Monegal, como parte de esa precarización: “Tristeza de colegios entre la nieve y doble tristeza de sesiones de estudios sin real necesidad y sin real significado. Penosa intervención de [Rodríguez] Monegal, que me precedió con un discurso laxo e incoherente repitiendo, en inglés, lugares comunes y comentarios irrelevantes: asombrosa decadencia de un hombre que fue allá en nuestro país un scholar que trabajaba con muy escaso horizonte intelectual pero con alguna seriedad académica”.⁵⁸ Probablemente contra esa insignificancia, contra esa reducción del papel de los intelectuales había luchado permanentemente en sus esfuerzos de conformación y permanencia de la red.

Nada de esto es pecata minuta. Se trata de matices totalmente apasionantes que una visión de conjunto no puede sino dejar de lado. Sea porque la lupa es más grande o el objeto más pequeño, es forzoso que los objetos adquieran otras dimensiones ante la mirada del investigador. Ciertamente es que ha sido necesario el trabajo previo de asir en un puño la constelación inicial con sus avatares para cambiar la lente o para encontrar en otros textos el fraseo que permite dar cuenta de los reveses de la trama. No significa verla del otro lado sino ver cuánto ha sufrido. Sus reveses son aquellas intemperies que la van carcomiendo.

El análisis de los dos conjuntos epocales, aquel y el actual, tanto como el de la transición es, ya, un dignísimo objeto de estudio que debe emprenderse, continuarse y profundizarse. Por suerte, la no clausura o apertura del relato posible no reside meramente en la casi inevitable trampa del error “histórico”, que futuras investigaciones enmendarán, sino en la actividad de la interpretación (provisional, como siempre) que da sentido a nuestro discurso, que a su vez será revelador de cómo pensamos nuestro presente y, por ello, igualmente valioso para futuras investigaciones sobre el universo letrado y la cultura de nuestra época.

En su *Diario*, como muchos otros protagonistas del período, Ángel Rama evoca su pasado reciente como una edad dorada. La queja, el registro casi

excluyente, señala no sólo las pérdidas objetivas (que son muy considerables ya que el crítico ha perdido un país, una casa, afectos, canales de expresión, además de su juventud) sino, con insistencia, la pérdida de su propia vigencia, tal vez una de las mayores heridas repertoriables.

Rama fue un Petronio de las letras latinoamericanas. Si se mensura la magnitud de su capacidad para intervenir y la eficacia de sus acciones y discursos, es inevitable concluir que la sensación de impotencia que transmite el *Diario* no tiene nada de exageración y que, en gran medida, Rama ha inventado lo que a menudo se denomina “los sesenta” en América Latina. Como el árbitro de la elegancia romano, definió usos y costumbres en nuestras letras. Como él también, para poder constituir su discurso y su legitimidad, y para erigirse en una figura capaz de formar parte y hasta definir los hilos de la trama de sociabilidad letrada de la época, tuvo que neutralizar las posibilidades de igual signo que pudo haber reivindicado para sí Emir Rodríguez Monegal.⁵⁹

Roger Chartier se pregunta cómo pensar las relaciones que mantienen las prácticas discursivas y las prácticas sociales teniendo en cuenta que volver inteligibles las prácticas que las leyes de formación de los discursos no gobiernan es una empresa difícil que está siempre amenazada por el olvido metodológico de la diferencia que existe entre lógicas heterónomas pero, sin embargo, articuladas: las que organizan la producción e interpretación de los enunciados y las que rigen los gestos y las conductas. La rivalidad de Rama con Monegal era sin dudas personal, pero también encarnaba una resistencia instintiva del primero por conservar ese espacio privilegiado que le daba la práctica de las ideas.

Tácito relata cómo los celos de Tigelino hacia Petronio por el favor de Nerón terminaron con la muerte del celado. Una vez resignada la resistencia, Rama tampoco logró instalarse definitivamente en Estados Unidos, donde tenía pensado dedicarse a la enseñanza. Según Ruffinelli, parece que en la negación del permiso de residencia tuvo que ver el informe que dio del peticionario el funcionario consular venezolano a cuyo despacho fue a parar el dossier de Rama, que era un ex alumno y amigo de Rodríguez Monegal.

Se ha visto que para un campo de estudio que se sitúa en la encrucijada de las historias política, social y cultural, muchas herramientas pueden ser valiosas: la observación de las estructuras de sociabilidad, y dentro de ellas las de liderazgo y rivalidad, permiten explorar las relaciones entre las producciones discursivas y las prácticas sociales; el estudio de las trayectorias intelectuales, es decir, de la estructura secuencial de sucesos críticos que transforma la biografía y cambia las expectativas, los planes, las aspiraciones y las orientaciones académicas y profesionales dentro de espacios universitarios, campos disciplinarios, comunidades científicas y estructuras institucionales.⁶⁰ y también las biografías intelectuales. Recientemente François Dosse ha destacado la importancia que la biografía intelectual vuelve a recobrar dentro de los géneros históricos, como un género que hace estallar la absolutización de la distinción entre lo literario y lo científico, suscita la mezcla y la hibridación y manifiesta las mismas tensiones que existen entre literatura y ciencias humanas.

Mediante la biografía cobra relevancia la micro historia que, en lugar de partir del individuo medio o ejemplar de una categoría socioprofesional, se dedica al estudio de casos, microcosmos, situaciones límites, estrategias individuales y pone de relieve la complejidad de los circuitos y representaciones colectivas. Por supuesto, como indica Dosse, los acontecimientos biográficos, por otra parte, siempre se definen en el interior de una red.⁶¹ En el mismo sentido se expide Arcadio Díaz Quiñones, cuando afirma que “la biografía intelectual es un modo indispensable de lectura para analizar el peso y el uso que se hace de los modelos de la tradición, la nostalgia del pasado y el deseo de cambio”.

El derrape de la revista *Social Text*, que tras la rutinaria revisión por pares publicó “*Transgressing the Boundaries: Towards a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity*”, el paper-ficción de física y psicoanálisis de Alain Sokal es emblema de la capitulación del pensamiento ante todo lo que el pensamiento no comprende ni se propone comprender. La generalizada convicción de que la ciencia no tiene nada que ver con la verdad se expresó y continúa haciéndolo en la inmensa producción de trabajos dedicados a explicar por qué es preciso ser relativista a tal punto que ha perdido validez el postulado de Karl Popper según el cual no podemos saber si algo es cierto pero al menos sí podemos saber si es falso. Hacia fines de 1970 Marshall Mc Luhan observaba como fenómeno la existencia de personas cultas que ya comenzaban a desistir de todo interés por comprender el mundo. En cambio, sí les urgía saber, dice Mc Luhan, si una cosa era buena o era mala para poder opinar 82. La expresión actual y formalizada de ese gesto se lee en todas partes y su fórmula es sencilla y económica: “me gusta”/“no me gusta”. A cuarenta años de identificado el síndrome vemos su colosal expansión, ahora por escrito. En lugar de acabar con el juicio, todos somos ahora jueces, fiscales y abogados. Curiosamente, los protocolos de verificación y legitimación de los organismos científicos se esforzaron por volverse técnicamente irreprochables, digitalizados, informatizados. Uno se preguntaría entonces qué tipo de conocimiento, si existe

alguno, se espera de la producción intelectual, en particular de quienes producen. Rodeados de pares evaluadores, el resto de nuestra identidad intelectual, la ruina de lo que esa identidad significó durante un siglo, algunos preguntamos con temor si sólo ellos leen lo que escribimos. Irónicamente, nunca tuvimos tantas herramientas ni fue tan fácil acceder de inmediato a tantos datos. Disponemos de redes (redes ready mades), tecnologías, y herramientas: lo que falta es el ethos característico del pacto comunitario que avalan el conocimiento o el pensamiento, como prefiera llamárselo. Tomados por pasiones sin causa (sin otra causa que no sea la causa propia) los integrantes de la comunidad intelectual interactúan como competidores en un mercado de reglas que para mal y para bien parecen legisladas por piratas. No es inusual que se robe o esconda el trabajo ajeno o que la llegada de un libro no despierte la menor curiosidad. El toque de reunión se ha vuelto toque de queda. ¿Estaremos a la altura de los desafíos de que la formación de redes se ha vuelto sencilla? ¿Aprovecharemos los canales como lo hicieron quienes los que nos precedieron en los siglos XIX y XX, sorteando obstáculos ahora inexistentes y poniendo en juego energías, recursos y voluntades para crear las comunidades en las que se buscó pensar, dialogar, valorar lo común, integrar, conocer, intercambiar, colaborar? Ojalá.

NOTAS

1. Cf. Naissance des "Intellectuels" (1880-1900), París, Minuit, 1990.
2. Ory, Pascal y Jean Francois Sirinelli, *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, Valencia, PUV, 2007, p. 21.
3. Paul Radin, *Primitive Man as Philosopher*, Nueva Cork, Dover Publications, Inc, 1957. p. XXI
4. Coser, Lewis. (1965) *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, p. 13.
5. Ong, Walter (1982). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 171.
6. Coser, Lewis, ob. cit., p. 13.
7. *Ibid.*, p. 52.
8. Ong señala hasta qué punto la cultura letrada hasta entrado el siglo XIX estaría totalmente dominado por la retórica académica, de no ser por la voz de las mujeres, que no habían recibido ningún entrenamiento ni en latín ni en retórica, y cuyo aporte decisivo está en el fundamento de una teoría del origen de la novela. Véase Ong, ob. cit, pp. 111-112.
9. Argumentan convincentemente al respecto Ory y Sirinelly: "La historia de los intelectuales es inescindible de la conformación de la cultura de masas, casi secular. En las fechas del caso Dreyfus, por ejemplo, para hablar de un acontecimiento inaugural en la historia de la opinión pública a fines de siglo XIX, las masas adquirirían a partir de entonces una importancia en tanto que 'opinión pública', estructurada primero por la difusión masiva de la prensa escrita y por la influencia de los partidos entonces en gestación y expresándose después mediante la papeleta del voto. El papel naciente de los intelectuales se inscribía en la encrucijada de un cambio político —el enraizamiento de una democracia liberal y la gestión, mediante el debate público, de los disensos inherentes a todas las sociedades humanas" (Ory y Sirinelly, ob. cit. p. 300).
10. *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
11. Quizá tanto o más importante que estos escenarios institucionales para el ascenso de los

intelectuales independientes fue el surgimiento de un extenso mercado de libros en el siglo XVIII y la aparición concomitante de libreros y editores como intermediarios entre el autor y el creciente público lector, para el cual la lectura se transformaba en el pasatiempo favorito mientras se conformaba la clase media. No obstante, fueron sin duda estos ámbitos donde se desarrolló la sociabilidad entre pares y comenzaron a entablarse las redes.

12. Véase Raymond Williams, "Instituciones". En *Cultura*, pp. 31-79. que describió los diferentes tipos de asociaciones (bardos, gremios, academias, exposiciones, sociedades profesionales, movimientos, escuelas, organizaciones independientes autoinstituidas, etc.).

13. Ory y Sirinelly, Ob. cit., p. 21

14. Gouldner, Alvin (1980) *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, Barcelona, Alianza, 1980.

15. Para evitar distingos sustanciales entre meras notaciones del tiempo (las décadas del sesenta y el setenta) propongo considerar al período como una época en sí misma y he procurado describir las tensiones en el curso de esos años, ciertamente singulares.

16. Véase Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003

17. Ver al respecto Anderson, Benedict (1983) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1993.

18. Macadam, Alfred y Ruas, Charles (1996) *Confesiones de escritores. Escritores Latinoamericanos. Los reportajes del Paris Review*, (1995) Buenos Aires, El Ateneo, 1996.

19. Cf. "Evasión y arraigo de Borges y Neruda" *Revista Nacional*, Segundo ciclo, Año IV, N° 202, Montevideo, octubre-diciembre, 1959. (Versión electrónica en http://letras-uruguay.espaciolatino.com/aaa/notas/borges_neruda.htm).

20. Cf. "Días callados en cliché", *Vuelta*, Año XIII, N° 154, septiembre de 1989.

21. Citado por Rosario Peyrou en el prólogo a su edición de Rama, Ángel, *Diario 1974-1983*, Montevideo, Ediciones Trilce, 2001, p. 15.

22. Mirza, 23/XI/1985: 9, citado en Pablo Rocca, *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: Dos caras de un proyecto latinoamericano*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2006, p.215.

23. Entrevista personal.

24. El gran descubrimiento de Onetti, según Rama, fue que "toda renovación de una literatura" debería partir "de una influencia extranjera". Rama hizo de esa afirmación un verdadero programa. Igualmente para Monegal, una nueva tradición conllevaba la imprescindible vinculación con las letras del mundo, de preferencia anglosajonas.

25. Véase *Marcha* N° 729, 23 julio 1954, Emir Rodríguez Monegal, "Problemas de nuestra juventud", p. 13.

26. El manifiesto también se pronunciaba en contra de un proyecto estatal de publicación de obras de autores nacionales considerado monopolístico, proclive a la coacción oficial y fuente de favoritismos. Firmaron, entre otros, Ardao, Brandy, Sarandy Cabrera, Juan Cunha, Onetti, Martínez Moreno, Silvia Herrera, Mario Trajtenberg, Idea Vilariño, Omar Prego Gadea, Rodríguez Monegal, Ares Pons, Mario Benedetti, Claps, Liber Falco, Armonía Somers. (Cf. *Marcha* N° 769, 24 de junio de 1955, "Manifiesto. Los escritores nacionales a la opinión", p. 22.)

27. Véase *Marcha* N° 770, 1 de julio de 1955, "Dos cartas sobre un manifiesto", p. 23.

28. Véase *Marcha* N° 772, 15 de julio de 1955. El tema ocupó largamente las literarias de *Marcha*. (Véase, Mario Benedetti, "Observaciones sobre el manifiesto", *Marcha*, N° 773, 22 de julio de 1955, p. 22).

29. Cf. "Los avatares de un jurado", *Marcha* N° 776, 26 de agosto de 1955 p. 22.

30. Véanse Ángel Rama, p. 29, en Ángel Rama, Gonzalo de Freitas, Mario Trajtenberg, "Los premios literarios 1960", *Marcha* N° 1083, 10 de noviembre de 1960, pp. 29 a 31 y el recuadro "La pequeña historia", mismo número, misma página.

31. "Sólo punto y aparte", *Marcha* N° 1086, de diciembre de 1960, p. 29.

32. "Evasión y arraigo de Borges y Neruda", Ob. Cit.

33. Entrevista personal.

34. Cf. Pablo Rocca, ob. cit, p. 149.

35. Las evocaciones de Ruffinelli aportan más notas de color: “Ángel era personalmente muy seductor y brillante, de modo que desde que asumió funciones permanentes en *Marcha*, almorzaba al menos una o dos veces por semana con Quijano, en el restaurante ‘El Águila’, cosa insólita que Quijano no hizo antes ni después con ninguna otra persona”.

36. Ni más ni menos que el destinatario personal de “El socialismo y el hombre en Cuba”, texto que fuera remitido por Ernesto “Che” Guevara como carta personal a Quijano y publicado en *Marcha* antes que en cualquier otra publicación. Las muchas hipótesis que pueden explicar por qué Guevara no envió su texto a Cuba en primer lugar en nada opacan la evidencia de que *Marcha* era una tribuna de alcance definitivamente continental: “En sus columnas la unidad latinoamericana era una realidad: leíamos textos de o sobre Neruda, Borges, Parra, García Márquez, Martínez Moreno, Onetti, Carpentier, Benedetti, Vargas Llosa y tantos”, en palabras de José Miguel Oviedo, citado por Jorge Ruffinelli en su prólogo a Ángel Rama, *La riesgosa navegación del escritor exiliado*, Montevideo, Arca, 1995, p. 16.

37. Pablo Rocca, ob. cit., p. 9.

38. Véase Ángel Rama, “El autor teatral”, *Marcha* N° 944, 16 de enero de 1959, p. 21.

39. Véase, Ángel Rama, “Testimonio, confesión y enjuiciamiento de 20 años de historia literaria y de nueva literatura uruguaya” y Emir Rodríguez Monegal, “Veinte años de literatura nacional”, en *Marcha* Nro. 966, 3 de julio 1959.

40. *Marcha*, N° 951, 13 de marzo de 1959.

41. Notables ejemplos fueron los artículos de varios colaboradores en ocasión de la campaña cubana bautizada “Operación verdad” y, en 1965, la dispar evaluación de las relaciones entre Fidel Castro y Ernesto Guevara.

42. Véanse especialmente sus editoriales “Las declaraciones de Fidel Castro”, *Marcha* N° 1087, 8 de diciembre de 1961, p. 5; “Digamos nuestro mensaje”, *Marcha* N° 1088, 15 de diciembre de 1961, p. 5; “Siempre por el mismo camino”, *Marcha* N° 1089, 22 de diciembre de 1961, pp. 6 y 7; “La revolución de la creciente esperanza”, 1055, 28 de abril de 1961, p. 5.

43. Cf. “Evasión y arraigo de Borges y Neruda”, Ob. cit.

44. Véase Ángel Rama, “Nuestra América”, *Marcha* N° 1090, 29 de diciembre de 1961. Otro espejismo de cubanidad que sin embargo es idea del uruguayo Rama es la incorporación del género Testimonio en el concurso de *Casa de las Américas*. Cf. Ángel Rama, “Otra vez la utopía, en el invierno de nuestro descontento”, *Cuadernos de Marcha*. Uruguay. “Encierro, destierro o encierro” (segunda época, año I, Núm. 1, México, mayo-junio de 1979, p. 79) y “Rodolfo Walsh: La narrativa, en el conflicto de las culturas”, *Literatura y clase social*, México, Folios Ediciones, 1983, p. 220.

45. En un texto breve pero condensador de cantidad de valiosa información, Retamar describe todo lo que Casa debe a Rama. En otro testimonio reconoce la inicial pero contundente importancia de Quijano incluso en su propio lanzamiento como futuro protagonista de la red. Retamar incluso recordó en una entrevista personal que fue representante de *Marcha* en Cuba. Véase Roberto Fernández Retamar, “Ángel Rama y la *Casa de las Américas*”, *Casa de las Américas* N° 192, julio- septiembre de 1993, pp.48-62 y Jaime Sarusky, “Roberto Fernández Retamar: desde el 200, con amor, en un leopardo”, *Casa de las Américas* N° 200, julio-septiembre de 1995, pp. 136-147.

46. Pablo Rocca, ob. cit., p. 144

47. Para una información exhaustiva sobre las posiciones en torno a la novela, véase Pablo Rocca, *op. cit.* pp. 146-154.

48. Ángel Rama, “Falsedades & CIA”, *Marcha* N° 1207, 29 de mayo de 1964, p. 30.

49. Ángel Rama, “Compromiso con Latinoamérica”, *Marcha* N° 1239, 15 de enero de 1965, p. 16.

50. Fornet, Ambrosio (1967), “New World en español”, *Casa de las Américas* N° 40, La Habana, enero-febrero.

51. Los responsables eran Luis Mercier Vega (París), Vicente Barretto (Río de Janeiro), Benito Milla (Montevideo), Horacio D. Rodríguez (Buenos Aires), Enrique Chase (Asunción), Eduardo Mac Lean (La Paz), Martín Cerda (Santiago de Chile) y Jorge Luis Recabarren (Lima).

52. En 1936, ante el angustiante crecimiento del relativismo y la dificultad por establecer las condiciones de posibilidad y objetividad del pensamiento en la primera posguerra, Karl Mannheim ha formulado una de las teorizaciones más complejas y sociológicamente relevantes de lo que denomina la inteligencia, nacida en la era moderna y capaz de transformar los conflictos de intereses en conflictos

de ideas. Ver Manheim, Karl, *Ideología y utopía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

53. Para más datos sobre una historia contemporánea sobre el apogeo y caída de la ciudad letrada en la América Latina de la revolución en la segunda mitad del siglo XX, véase Claudia Gilman, *op. cit.*

54. Cf. entrada del 5 de octubre de 1974 del *Diario*, Montevideo, Ediciones Trilce, 2001, p. 51.

55. Rama, Ángel, *Diario*, ob. cit., p. 121.

56. *Ibid.*, p. 70.

57. *Ibid.*, p. 113.

58. *Ibid.*, p. 141.

59. Véase, Claudia Gilman, *op. cit.*, capítulo 3, pp. 97-142.

60. Véase Díaz Quiñones, Arcadio, *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, p. 38.

61. François Dosse. *Le pari biographique. Écrire une vie*, Paris, Hors collection Sciences Humaines, 2005.

62. Cf. Naissance des "Intellectuels" (1880-1900), París, Minuit, 1990.

63. Ory, Pascal y Jean Francois Sirinelli, *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, Valencia, PUV, 2007, p. 21.

64. Paul Radin, *Primitive Man as Philosopher*, Nueva Cork, Dover Publications, Inc, 1957. p. XXI

65. Coser, Lewis. (1965) *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, p. 13.

66. Ong, Walter (1982). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 171.

67. Coser, Lewis, ob. cit., p. 13.

68. *Ibid.*, p. 52.

69. Ong señala hasta qué punto la cultura letrada hasta entrado el siglo XIX estaría totalmente dominado por la retórica académica, de no ser por la voz de las mujeres, que no habían recibido ningún entrenamiento ni en latín ni en retórica, y cuyo aporte decisivo está en el fundamento de una teoría del origen de la novela. Véase Ong, ob. cit, pp. 111-112.

70. Argumentan convincentemente al respecto Ory y Sirinelly: "La historia de los intelectuales es inescindible de la conformación de la cultura de masas, casi secular. En las fechas del caso Dreyfus, por ejemplo, para hablar de un acontecimiento inaugural en la historia de la opinión pública a fines de siglo XIX, las masas adquirían a partir de entonces una importancia en tanto que 'opinión pública', estructurada primero por la difusión masiva de la prensa escrita y por la influencia de los partidos entonces en gestación y expresándose después mediante la papeleta del voto. El papel naciente de los intelectuales se inscribía en la encrucijada de un cambio político –el enraizamiento de una democracia liberal y la gestión, mediante el debate público, de los disensos inherentes a todas las sociedades humanas" (Ory y Sirinelly, ob, cit. p. 300).

71. *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

72. Quizá tanto o más importante que estos escenarios institucionales para el ascenso de los intelectuales independientes fue el surgimiento de un extenso mercado de libros en el siglo XVIII y la aparición concomitante de libreros y editores como intermediarios entre el autor y el creciente público lector, para el cual la lectura se transformaba en el pasatiempo favorito mientras se conformaba la clase media. No obstante, fueron sin duda estos ámbitos donde se desarrolló la sociabilidad entre pares y comenzaron a entablarse las redes.

73. Véase Raymond Williams, "Instituciones". En *Cultura*, pp. 31-79. que describió los diferentes tipos de asociaciones (bardos, gremios, academias, exposiciones, sociedades profesionales, movimientos, escuelas, organizaciones independientes autoinstituidas, etc.).

74. Las agrupaciones, hoy tan sencillamente evocadas con el término exacto de "redes", se van transformando al ritmo de las tecnologías de la palabra. Paradójicamente, la existencia de la red no implica voluntad de formar redes sino la mera existencia del canal.

⁷⁵ Ory y Sirinelly, Ob. cit., p. 21

⁷⁶ Gouldner, Alvin (1980) *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, Barcelona, Alianza, 1980.

⁷⁷ Carta a Paul Blackburn, Viena, 1 de abril de 1963 en Aurora Bernárdez, ed. Julio Cortázar, *Cartas 1937-1963*, Vol. 1, Buenos Aires, Alfaguara, 2000, p. 547.

⁷⁸ Véase, Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

⁷⁹ Alain Badiou, *El Siglo*, Buenos Aires, Manantial., 2009. Es obligatorio señalar que en la perspicaz, desencantada y precisa panorámica que permite al pensador francés describir el Siglo XX como una destilado histórico sangriento, guerrero, voluntarista, criminal y obsesionado por engendrar mediante la violencia y a como diera lugar un hombre nuevo no vemos ni mencionado el personaje que mejor taquigrafía la totalidad de los predicados que Badiou atribuye al corto siglo XX. Resulta sorprendente, desde las tierras de América Latina, consignar que Ernesto Che Guevara, cifra absoluta “objeto siglo” de Badiou no atravesase con su nomádica e internacional celebridad ninguna página de un discurso que lo menta tan vivamente. La inquietante ausencia de ese espectro que nos parece inevitable nutre una curiosidad análoga a la que concita a los especialistas en Shakespeare la pregunta sobre la correcta interpretación (en todos los sentidos) de la naturaleza escénica y simbólica del fantasma del padre en Hamlet. ¿El devenir Hamlet de Badiou es un efecto eurocentrista? ¿Afecta, tal vez, toda la argumentación que desarrolla en el Siglo? Sólo el tiempo futuro traerá alguna respuesta: la corta duración revela que la ceguera le es connatural, que la carta robada a veces ni siquiera es objeto de una búsqueda.

⁸⁰ Véase Susana Zanetti, “Modernidad y religación: una perspectiva continental (1880-1916)”, en *América Latina. Palabra, literatura e cultura*, vol. 2, Ana Pizarro org., San Pablo, Unicamp, 1994; *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2002; *Leer en América Latina*, El otro, el Mismo, Mérida, Venezuela, 2004 y el comentario de esos conceptos asociados a la lectura y lo comunitario en Claudio Maíz y Alvaro Fernández Bravo, “Introducción: los sistemas de religación en literatura”, en Maíz y Fernández Bravo, *op. cit.*, pp. 11-45.

⁸¹ Véase, Karl Mannheim *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. Madrid, Aguilar, 1958 (Traducción española de la séptima reimpresión de la versión inglesa (1954) de Routledge & Kegan, Paul, Ltd.) y Julien Benda, *La trahison des clercs*, versión de 1927 y corregida y aumentada de 1945, citada de la edición de París, Grasset & Fasquelle, 1975.

⁸² *La cultura es nuestro negocio*, México, Diana, 1974